

El “Diccionario de artistas en Colombia”

Escribe: JORGE MORENO CLAVIJO

Ocho años de lucha se resumen en el libro *Diccionario de artistas en Colombia* que acaba de lanzar doña Carmen Ortega Ricaurte en las cada vez mejor acreditadas “Ediciones Tercer Mundo”. En Colombia y no de Colombia, quiso su autora para que en sus páginas cupiera un buen número de pintores y escultores que han trabajado durante mucho tiempo entre nosotros, hasta el punto que sus obras los acreditan casi como nuestros compatriotas. Generosidad apenas concebible en una mujer de talento, una real investigadora, que supo conservar en todo momento una imparcialidad a toda prueba, rasgo difícil en este lugar donde las pasiones y las simpatías siempre suelen manifestarse al rojo vivo, máxime cuando se tocan los predios del arte, donde se pasean los pontífices intocables y los que se creen genios, mejor dicho, todos los que han empuñado en alguna oportunidad lápiz, pincel, cinceles o tocado el barro, no importa con qué resultados en la opinión general.

Un libro de consulta que estaba haciendo falta desde mucho tiempo atrás. Hecho de acuerdo a las leyes establecidas en esta clase de trabajos: rastreo de archivos, lectura de revistas viejas, entrevistas con los vivos y los *avivatos*, visitas a los deudos de quienes ya no pelean en los salones oficiales, todo para formar las fichas necesarias a cada nombre.

Quienes hemos trajinado con artistas y además llevamos en la sangre el morbo, comprendemos mejor que nadie la dimensión de la empresa de doña Carmen y podemos vaticinar los dolores de cabeza que le esperan, muy superiores en cantidad a las satisfacciones, hasta el punto de hacerle odiar el instante en que se metió en el lío. Soberbia e ingratitud están a la orden del día cuando de artistas se habla. Empecemos por decir que la gran mayoría está esperando que le regalen el libro cuyo costo, por razones que veremos más adelante, es de doscientos pesos. Sigamos con las delicias que enumeraremos a continuación:

Cada pintor, dibujante, escultor o ceramista —¡son cuatrocientos cincuenta!— aspiraba a que le dedicaran por lo menos cinco páginas del libro, con reproducciones a todo color de sus monos. De modo que un parrafito apenas colma una parte muy escasa de su vanidad, lo cual, obviamente, no le obliga a dar las gracias. Hay que pensar entonces lo que dirán quienes pasaron a la autora, para incluirlo íntegro desde luego, el relato desde que llegaron al mundo, con descripción del pueblo si no fue en Bogotá, detallando sus triunfos en el colegio, hasta sus logros actuales, sin omitir medalla o mención y sin faltar también el árbol genealógico para precisar sin lugar a dudas por dónde vino la vocación artística, línea paterna o materna, y si esta tuvo facilidades o trabas para desarrollarse. Además copia de párrafos aparecidos en la prensa sobre el trabajo del genio transformador del arte americano.

Igual cosa puede decirse cuando han sido los parientes del fallecido quienes suministran el *curriculum vitae*. El costo llega a los “ciento cien pesos” como decía un futbolista amigo nuestro, porque el valor de impresión y papel es cada día más subido. Las reproducciones a color, sobre planchas suministradas por empresas que ya las usaron anteriormente, fueron de artistas fallecidos. Los que todavía nos acompañan están representados en blanco y negro, única manera de evitar una ola de violencia en las filas de melnudos, chiverudos y despeinados.

Pintores, escultores, ceramistas, caricaturistas, ilustradores, grabadores y arquitectos, cronológicamente ordenados, en forma adecua-

da para uso de estudiosos —finalidad capital del libro— están en esas páginas, ocupando cada uno de los incluidos el sitio que le corresponde. El lector, en esos párrafos queda informado sumariamente de la evolución sufrida por el artista, qué museos o galerías particulares han adquirido sus obras, en el caso de expositores, o qué construcciones han realizado los arquitectos, y a qué estilos pueden adscribirse sus realizaciones.

Un repaso al volumen, detenido y un poco perspicaz, informa de las polémicas —y son bastantes— ocurridas en el mundillo de la plástica colombiana, en qué oportunidades se ha laborado con mayor intensidad en este orden particular y también, cómo ha ido mejorando en el terreno puramente económico la situación del artista.

En efecto, no hace muchos años las satisfacciones del artista eran puramente morales. Medallas y abrazos constituían su botín. Apenas de tarde en tarde un encargo más o menos bien estimado y lo demás, el arte por el arte. Razón de más para que las exposiciones no fueran muy frecuentes, porque el estímulo para sentarse al caballete no era obligante. Pero con el correr de los tiempos y las influencias venidas del exterior, sucedió que las galerías se multiplicaran, los compradores, tildados ya de coleccionistas aumentarían, y apareció el negocio de la venta de monos, con halagadores precios para unos cuantos artistas y mejores entradas para los comerciantes en cuadros.

Mejor que nada, la lectura del *Diccionario de artistas en Colombia*, ilustra sobre la realidad del arte nacional. Sin exageraciones

ni disimulos, con toda claridad se sabe quiénes han hecho obra perdurable y quiénes apenas ocupan un renglón circunstancial. También, cómo la mujer ha ido penetrando, con las armas mejores, en este terreno que mucho les había sido esquivo. Pero ahora, archivado ya el concepto de la pintura

como adorno, ha sentado posiciones firmes en lo pictórico y lo escultórico, señalando en esta forma una conquista respetable. La bibliografía se ha enriquecido con tan notable aporte, que tardará mucho tiempo, más del que suponen los optimistas, en ser superado.